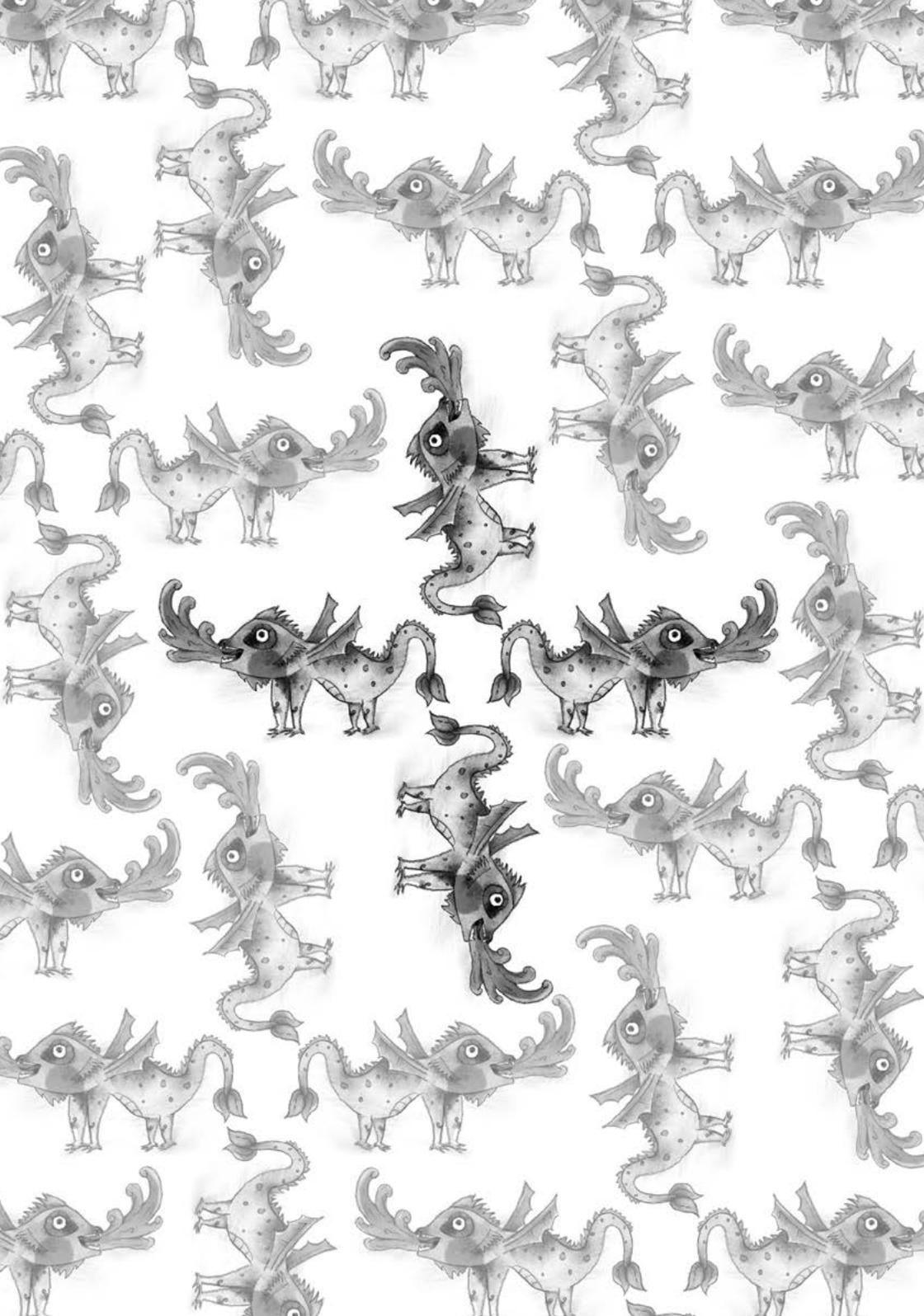


DE DRAGONISTAS Y DRAGONARIOS

Victoria Benet Rosas





DE DRAGONISTAS Y DRAGONARIOS

De dragonistas y dragonarios

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Victoria Benet Rosas, por el texto.

© Claudia Esmeralda Ríos Rodríguez, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional

de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial: Bruno Aceves Humana. Edición:

Diana Eugenia Bastida Cabello. Corrección: María del Carmen

Salazar Flamenco. Diseño de colección: Frida Solano Martínez.

Formación: Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco

Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-241-4

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces

**SECRETARÍA NACIONAL DE
LECTURA**

DE DRAGONISTAS Y DRAGONARIOS

Victoria Benet Rosas

Obra en 7 cuadros para niños, dragones
y otros seres sorprendentes

Agradecimientos
A Abril. Siempre. Por ser mi inspiración. Mi todo.
A Alberto, compañero de aventuras.
A Mara y Bilo, lectores y cartomantes incondicionales.

... ante este universo de objetos complicados
el niño se constituye en propietario, no en creador;
no inventa el mundo, lo utiliza...
R. Barthes

Que los niños sean creadores
del mundo y se aventuren en él.

Personajes

Waldeber: niño de nueve años
Danú: niño de nueve años
Froiden: dragón europeo
Beefaldaf: caballero clásico
Sharo: niño pescador
Shima: hermana pequeña de Sharo
Tao Long: dragón oriental
Ana: niña de seis años
Quetzalcóatl: Serpiente Emplumada-dragón mesoamericano
Hormiga roja
Mictlantecuhtli: guardián del Inframundo
Mica: dinosauria cretácica



Presentación

Los actores se pueden ir transformando en los distintos personajes en el transcurso de las narraciones, de manera que el elenco completo podría resolverse con cuatro actores.

Es un espacio semicircular. El público está cerca del escenario, así que puede estar en contacto cercano con los personajes. La relación con el público es más directa cuando se desarrollan las escenas de los niños; en cambio, durante los relatos se juega más con la cuarta pared. Cada relato deberá tener construida la atmósfera que le corresponde.

Es el interior de una cueva y al fondo hay una pantalla.

Entra Waldeber de espadas cuidando sus pasos. Descubre al público, se apena, está desconcertado y nervioso.

WALDEBER: *(Hacia afuera, por donde vino.)* Danú... ¡Danú! *(Espera, pero no hay respuesta; se decide a presentarse.)* Hola. Soy Waldeber... según mi mamá, o Gualdeber según mi papá, o Guldevé, como dice mi abuela que se dice. La verdad es que ni yo mismo pronuncio muy bien mi nombre. Hasta hace pocos años la gente no entendía nada cuando me preguntaban cómo me llamaba... bueno, todavía me pasa a veces. Por eso, mejor digo que me llamo Gual. Gual, eso sí es fácil de decir, ¿no? Es como decir "igual" nada más que sin la i... je... je... Danú también tiene problemas con su nombre, pero menos. Hagan de cuenta que él *(alguien del público)* es Danú y yo le pregunto su nombre. ¿Listo? Yo te voy a preguntar: "¿cómo te llamas?" y tú me dices: "Danú", ¿sale? Voy. ¿Cómo te llamas?

ESPECTADOR: Danú.

WALDEBER: ¿Dani? Y entonces tú me dices: "No, Danú".

ESPECTADOR: No, Danú.

WALDEBER: ¿Camu, Ramu, Panu, Salú? Y ya como a la tercera entienden y dicen: "Ah, Danu"... o Danú, como le dice su mamá.

Finalmente llega Danú.

DANÚ: Listo, ya estoy aquí.

WALDEBER: ¿Por qué te tardaste tanto?

DANÚ: Estaba revisando la cuerda y las pilas de las lámparas... (*Refiriéndose al público.*) ¿Ya se presentaron?

WALDEBER: Pues yo ya, pero ellos (*discreto a Danú*) no se ven muy platicadores. Por cierto, ¿qué hacen aquí?

DANÚ: Vienen a ver el tesoro, igual que tú.

WALDEBER: ¡Me dijiste que me lo ibas a enseñar a mí antes que a nadie!

DANÚ: No te preocupes, nadie ha visto nada. Se los voy a enseñar a todos juntos. ¿Listos?

Danú jala una tela que está cubriendo el piso, pero está atorada.

DANÚ: Ayúdame, Gual.

WALDEBER: No puedo, está atorada con algo.

DANÚ: Ah, sí, es que la amarré por si alguien más andaba de curioso. (*Al público.*) Oigan, ayúdenme a soltar las cuerdas que están en sus lugares, ¿va? ¿Ya? Ahora sí. Uno... dos... tres (*descubren un gran esqueleto prehistórico*).

WALDEBER: Wow. ¿Y eso?

DANÚ: Es la cabeza de la bestia.

WALDEBER: ¿Tú... la mataste?

DANÚ: No, claro que no. Nada más encontré sus huesos. Pero está fantástica, ¿no?

WALDEBER: ¿Se imaginan el tamaño de esa cosa?... Genial. ¿Y cómo llegó hasta acá abajo?

DANÚ: Yo creo que esta cueva era su casa.

WALDEBER: Claro.

DANÚ: Y como no se le ve ninguna herida ni sangrita en el piso, yo creo que murió de viejo.

WALDEBER: Claro. Y como no huele feo ni hay cachos de piel ni pelos por allí, yo creo que se ha de haber muerto hace mucho tiempo.

DANÚ: ¿Pelos? Esta cosa no creo que tuviera pelos.

WALDEBER: ¿Entonces?

DANÚ: ¡Escamas!

WALDEBER: ¿Escamas? ¿Como un pez?

DANÚ: Bueno, no exactamente... piel escamosa, como de...

WALDEBER: ¡Como de una lagartija!

DANÚ: ¡Exacto!

WALDEBER: Pero una lagartija de este tamaño sería más bien...

WALDEBER Y DANÚ: ¡¡Un dragón!!

Al unísono, interrumpiéndose.

WALDEBER: Yo me sé...

DANÚ: Conozco una...

WALDEBER: Me sé una...

DANÚ: Una que se trata... (*Poniendo orden. Entonces cada uno vuelve a hablar en su turno.*) Bueno, ya. A ver, ¿qué quieres decir?

WALDEBER: Que yo me sé una historia de un dragón que a lo mejor es éste. ¿Tú qué ibas a decir?

DANÚ: Pues también, que yo conozco una historia de dragones.

WALDEBER: ¿Será la misma?

DANÚ: A lo mejor. ¿Te acuerdas del nombre del dragón?

WALDEBER: Sí, se llama:

Al unísono.

WALDEBER: Tao Long.

DANÚ: Froiden.

Vuelve a hablar cada personaje en su turno.

WALDEBER: Bueno, obviamente no es la misma... A ver, cuéntenos la tuya.



El dragón nórdico

Durante la introducción, Danú se va convirtiendo en la figura del narrador y se empieza a escenificar la historia.

DANÚ: Bueno, pues, me acuerdo de que inicia así: “Hace incontables años, cuando las montañas eran jóvenes y los mares no tenían tanta sal, había un pueblo a la orilla de un río. En invierno el río se congelaba y en verano volvía a correr. Casi siempre era un lugar tranquilo, pero de pronto se desataban tormentas terribles... y la gente de ahí decía que era porque se había despertado la sombra de las tinieblas, el terror de los cielos, las fauces del fuego: Froiden, el dragón...”

Vemos aparecer un dragón cómodamente sentado, ajeno al relato, leyendo un libro con sus gafas puestas y un caballero (Beefaldaf) a la orilla de la cueva, atemorizado, viéndolo.

DANÚ: *(Con más intención, para llamar la atención del dragón.)* ¡Froiden, el dragón!

Pausa, Froiden sigue inmutable.

BEEFALDAF: *(Discreto, al dragón.)* Psst... psst...

Froiden lo mira tranquilamente. Beefaldaf le muestra al público; Froiden se sobresalta, se recompone en una actitud amenazante, lanza un gran gruñido aún con las gafas puestas.

FROIDEN: ¿¡Quién se atreve a entrar en la cueva del terrible Froiden, el dragón, el Señor de las Tormentas!?

Beefaldaf, disimuladamente, le hace señas de las gafas. Froiden no entiende a la primera, intercambian gestos hasta que comprende y finalmente se las quita; deciden con señas volver a empezar con más énfasis.

FROIDEN: ¿¡Quién se atreve a entrar en la cueva del terrible Froiden, el dragón, Señor de las Tormentas!?

BEEFALDAF: Te pido una y mil disculpas a ti, el guardián de los tesoros del cielo. Soy el noble Beefaldaf, hijo de Beefold, nieto de Bilfonio, El Grande. He venido a verte porque la estación de lluvias se acerca y el pueblo tiene miedo de que estés enojado y hagas llover fuego desde el cielo, e incendies los bosques y las casas. *(Froiden no entiende muy bien de qué habla Beefaldaf, pero le sigue la corriente.)* O peor aún, que le atines a alguien otra vez, como el año pasado que le cayó una luz del cielo al anciano Gumar y desde entonces se comporta raro y habla de cosas que nadie entiende. En fin, me mandan para preguntar qué quieres, qué te falta, qué podemos hacer por ti para mostrarte nuestra amistad y nuestro respeto.

FROIDEN: Mmmm, amistad, ofrecimientos, regalos... pues sí, quiero algo de ti, caballero andante.

BEEFALDAF: Lo que sea que desees te será cumplido.

FROIDEN: He estado trabajando en una oda poética a los elementos, pero hay frases que no me convencen, versos que no me suenan... En fin, necesito oírlo en voz alta para descubrir qué hace falta. ¿Tú podrías...?

BEEFALDAF: Por supuesto que sí. No se diga más, si lo que hace falta es una voz alta, te encontraré la voz más alta

que pueda. *(Al público.)* A ver, batallón, los altos y las altas pónganse de pie.

FROIDEN: No, la altura de la persona no importa, sólo...

BEEFALDAF: Ah, sí. Clarísimo. *(Al público.)* A ver, batallón, bajitos, medianos y altos, pónganse todos de pie.

FROIDEN: No necesito que estén parados...

BEEFALDAF: *(Siempre hablando al público, encabalgando los textos entre sí.)* ¡Hincados!

FROIDEN: ¡No!

BEEFALDAF: ¡De panza!

FROIDEN: ¡No!

BEEFALDAF: ¡Volteados!

FROIDEN: ¡No!

BEEFALDAF: Me estoy quedando sin opciones aquí.

FROIDEN: Lo único que quería es que tú me leyeras el poema y ya.

BEEFALDAF: ¿Yo?

FROIDEN: Sí, hombre, no es tan largo. Unos cuantos cantos en romance clásico.

BEEFALDAF: ¿Unos cuantos qué?

FROIDEN: Unos cuantos... no importa; tú nada más léelo. Ten.

Le entrega a Beefaldaf unas hojas; éste las hojea con interés, las voltea, asiente, le muestra al público alguna línea de manera casual; la expectativa de Froiden crece.

FROIDEN: ¿Y bien?

BEEFALDAF: Me temo que no se va a poder.

FROIDEN: ¿Cómo que no se va a poder?

BEEFALDAF: Lo lamento, pero no.

FROIDEN: ¿Es muy pequeña la letra? ¿Te falta luz? ¿Es demasiado poético?

BEEFALDAF: No, no. Nada de eso.

FROIDEN: ¿Entonces?

BEEFALDAF: Es que yo *(orgullosa)* no sé leer.

FROIDEN: *(Atónito.)* ¿Tú... no?

BEEFALDAF: No.

FROIDEN: ¿Ni siquiera un poco?

BEEFALDAF: Nadita de nada.

FROIDEN: Bueno, ni hablar. Pues entonces sí, que alguno de tu batallón me ayude.

BEEFALDAF: Tampoco se va a poder.

FROIDEN: ¿Y por qué dragones no?!

BEEFALDAF: Porque ninguno sabe leer.

FROIDEN: ¿Ninguno?

BEEFALDAF: No.

FROIDEN: ¿Escribir?

BEEFALDAF: Negativo.

FROIDEN: ¿Y en el pueblo?

BEEFALDAF: Tampoco.

FROIDEN: ¿Y entonces cómo guardan sus hazañas y cómo comparten sus noticias?

BEEFALDAF: Ah, pues, cantando. De hecho, da la casualidad de que tenemos aquí con nosotros al mejor bardo del reino. *(A alguien en particular del público.)* A ver, cantor, cántanos las noticias de la batalla pasada contra los astrovisigodos.

FROIDEN: ¡No! De verdad que no es necesario. ¿Pero es que nadie ha inventado aún en su reino la escritura?

BEEFALDAF: Es que no nos hace falta. Tenemos muy buena memoria. Yo, por ejemplo, me sé mi árbol genealógico de corrido hasta mis tataratatarabuelos. ¿Te lo recito?

FROIDEN: No, por favor... Esto es insostenible... Lo que exijo, entonces, para calmar mi furia es que me entreguen a una jovencita y a un varón de pocos años, entre seis y diez. Que los dejen solos a la entrada de mi cueva y que no esperen su regreso.

BEEFALDAF: *(Buscando entre el público, les pregunta sus edades, escoge a una chica y a un joven, los pone de espaldas al público.)* Aquí tienes a tus jóvenes, oh, Froiden, El Terrible. Los dejo en tus manos junto con el destino del pueblo.

FROIDEN: Gracias. Ahora, jóvenes, prepárense para aprender la melopea del alfabeto. (*Mientras Froiden dice la melopea, en la pantalla vemos letras góticas con formas de dragones que van formando las palabras. Es una síntesis metafórica de este recuento alfabético.*)

Acertijos bárbaros
cuentan cuentos
de dragones desde entonces.
Escriben epopeyas formidables,
ganando gemas,
gestando héroes.
Incontables jóvenes
juntan kilómetros largos;
lugares legendarios les llaman
mientras marchan.
Ningún nombre
olvida o pierde presencia.
Quien quiera querernos querrá quedarse.
Radiantes, risueños, rotundos;
siempre serpientes, siempre sinceros.
Trepamos templos, tejemos tramas
universales, utopías, verdades.
Volvemos vuestras voces valientes y zagales.

Ahora tienen el don de la escritura. Compártanla con su reino, y crezcan y vuélvanse sabios (*les entrega un cofre*).

BEEFALDAF: (*A los dos chicos.*) ¿Aquí traen el don de la escritura? A ver (*toma la caja, la revisa*). Perfecto. Ahora sí podemos escribir la historia de Froiden, el despiadado dragón con corazón de hielo que se comía a los jóvenes cada nuevo año. (*Froiden lo oye antes de salir y regresa desconcertado.*)

FROIDEN: Óyeme, pero si no me comí a nadie, ahí están los dos completitos. Hasta con regalos se los regresé.

BEEFALDAF: Pues sí, pero así va a ser más popular la historia. Batallas, doncellas en peligro y un buen príncipe valiente que le gane al malévolo dragón.

Vuelven a escena Waldeber y Danú; Froiden y Beefaldaf se van, después de agradecer la participación de las dos personas del público para que éstas regresen a sus lugares.

DANÚ: Y así es como llega hasta nuestros días, escrita, leída y contada la historia terrible de Froiden el dragón.



El dragón oriental

WALDEBER: Wow. Qué miedo... es una lástima. Mi historia no asusta tanto.

DANÚ: ¿Cómo? ¿No todas las historias de dragones tienen mordidas, fuego y terror?

WALDEBER: Pues... no sé. En la mía alguien roba sin querer y se hace un desastre, pero, que yo sepa, nadie muere a nadie.

DANÚ: A ver, cuéntanosla.

WALDEBER: Bueno. Ocurre también hace miles de años (*se va convirtiendo en narrador, cambia la atmósfera*) en la provincia de Las Siete Islas. En la más alejada y pequeña de ellas había un pueblo cerca del mar. Que eso no tiene nada de especial, porque cuando vives en una islita cualquier casa queda cerca del mar. Y allí vivían dos hermanos pescadores: Sharo y Shima.

Aparecen ambos hermanos dispuestos a pescar y, al mismo tiempo, salen de escena Danú y Waldeber.

SHARO: Recuerda tomar fuerte la red, Shima, porque si no se la llevarán las olas.

SHIMA: Ya lo sé, Sharo. Todos los días me lo recuerdas.

SHARO: Y, aun así, a veces te distraes y la sueltas.

SHIMA: Bueno, ya. No me regañes. Yo cuido de aquel lado y tú de éste.

SHARO: De acuerdo.

Se aleja cada uno por un extremo del escenario; Shima va pateando piedras, cuando de pronto, patea algo distinto.

SHIMA: Qué piedra tan rara (*la sigue moviendo de un lado al otro con el pie*). Ha de ser de otra isla y la trajo la corriente. Nunca había visto una piedra así. ¡Sharo!, ven a ver. Me encontré una roca muy rara. (*Se acerca Sharo.*)

SHARO: ¡Alto, Shima! No la patees, la vas a lastimar. No es una piedra; es una tortuga del mar.

SHIMA: Ah. Bueno, ya, ni que fuera para tanto. Con una espalda así de dura podríamos aventarla del techo de la casa y seguro ni se enteraría. ¿Probamos?

SHARO: No, por supuesto que no. Vamos a dejarla tranquila para que pueda volver al mar.

SHIMA: Anda, vamos a jugar un rato con ella. La hacemos rodar desde la colina junto con una piedra y vemos cuál llega primero.

SHARO: No, Shima, la podemos lastimar. Vamos a dejarla en paz y tranquila para que vuelva a su casa.

SHIMA: Pero si no se mueve ni nada.

SHARO: Pues entonces que se quede allí, o se entierre, o espere a que la lleve la marea, o lo que quiera, pero nosotros no tenemos por qué estarla molestando. Déjala tranquila y vamos a pescar.

Sharo se aleja; Shima va a seguirlo, pero cuando no la ve, toma a la tortuga y la esconde en un jarrón que guarda en sus cosas.

SHIMA: ¡Espérame, Sharo, voy contigo!

Vemos en acciones y en proyecciones que transcurren varios días dentro de la rutina: salir de mañana a pescar,

regresar por la tarde a casa. Durante este tiempo, Sharo mira cada vez más intranquilo al cielo y Shima de vez en cuando saca de su mochila la tortuga y juega con ella, la limpia, la alimenta... Llegan de pescar; Sharo se queda viendo el cielo; Shima trata de ver lo que ve su hermano, mira concentrada el cielo, pero no entiende.

SHIMA: Me rindo. ¿Qué vemos?

SHARO: Buscamos nubes.

SHIMA: Ah, muy bien (*se queda satisfecha buscando nubes, sin encontrarlas. Después de un rato, se aburre*). ¿Y si mejor jugamos a buscar algo que sí haya? A ver, adivina lo que estoy viendo (*describirá a alguien real del público, su ropa, su pelo, pero haciendo que parezca un objeto y no una persona, por ejemplo: Es rojo con cuadritos de arriba y azul de abajo. En su cima tiene como una cascada café; un poco más abajo tiene dos círculos de vidrio equilibrados sobre una bolita y unas compuertas que se abren y se cierran, enseñando un montón de piedrecitas blancas*). A ver, adivina...

SHARO: Shima, no estoy jugando. Estoy preocupado. Hace días que tendrían que haber empezado las lluvias, pero el cielo está totalmente despejado. No parece que vaya a caer ni una gota pronto. Los sembradíos de arroz se están secando y a este paso muy pronto no quedará ni una planta viva en la isla.

SHIMA: Pues, podemos poner una manguerota desde la llave de la casa hasta el campo y les compartimos de nuestra agua.

SHARO: Nosotros también nos estamos quedando sin agua en casa.

SHIMA: Pues vamos al pozo y llenamos muchas cubetas. Yo puedo cargar una.

SHARO: El pozo se rellena de agua cuando el río sube. El río sube cuando cae la lluvia. Si no cae la lluvia, no hay agua en el río, ni en el pozo ni en las casas. ¿Ves el problema?

SHIMA: Sí, es un problemón...

Mientras ambos se encuentran cabizbajos y pensativos aparece el dragón Tao Long buscando por todos lados. Se asoma debajo de los zapatos del público, entre sus lugares, pero no encuentra lo que busca.

TAO LONG: ¡Hija! ¿Dónde te metes? Se está haciendo tarde y hay que volver a la casa. ¿Lu? ¿Dónde estás?

Al oír a Tao Long se acercan los hermanos, hablan entre ellos sin que el dragón los note al principio.

SHARO: Parece que necesita ayuda.

SHIMA: Tal vez, pero está muy raro. Con esos bigototes de gato y con sus cuernitos de venado..., se nota que no es de por aquí. Mejor vámonos.

SHARO: Vamos a ayudarlo a buscar.

SHIMA: No, Sharo, ya tenemos bastante con buscar nubes invisibles. Déjalo a él buscar sus propias cosas perdidas.

TAO LONG: ¡Lu! ¡Se va a hacer de noche y con la marea alta no vas a poder volver! ¿Dónde estará mi pequeña? Por todos los ancestros, que aparezca pronto.

SHARO: Se ve muy preocupado. Tenemos que ayudarlo (*se acerca a él*).

SHIMA: Sharo, no, espe...

SHARO: Buenas tardes... ¿Señor Serpiente?

TAO LONG: No soy una serpiente. Soy Tao Long, el octavo Rey de los Mares y Señor del Temporal.

SHARO: Mucho gusto. Yo soy Sharo y ésta es mi hermana menor Shima. Vivimos en la casa que está allá sobre la colina. Venimos todos los días a pescar, pero nunca lo había visto por aquí.

TAO LONG: Yo vivo bajo el agua, sólo salgo cuando debo hacer llover; hace días iba a echar a andar la temporada de lluvias y mi hija insistió en acompañarme porque quería

venir a conocer la arena seca y tumbarse al sol. La perdí de vista por un momento y desde entonces no puedo encontrarla. Ella no sabe volver sola a casa, no conoce a nadie aquí ni habla el idioma; yo voy atrasado con el temporal y eso es gravísimo, pero no puedo hacer nada hasta que no la encuentre.

SHARO: ¡Con razón! No se preocupe, le vamos a ayudar y entre todos juntos la vamos a encontrar, ¿verdad, Shima? (Shima se muestra recelosa, asiente por compromiso.) ¿Cómo se llama su hija?

TAO LONG: Lu.

SHARO: Muy bien. ¿Y cómo es? ¿Se parece a usted?

SHIMA: Sí, necesitamos saber si estamos buscando otra serpiente o una lombriz.

SHARO: Shima, no seas grosera.

TAO LONG: Mi hija es una bella criatura. Les haré un dibujo en la arena para que puedan reconocerla.

Dibuja una tortuga; Shima, mientras, la va reconociendo; se va poniendo nerviosa; va a sacar el jarrón de la mochila, duda, no sabe qué hacer, se queda callada.

SHARO: ¡Nosotros la vimos! Estaba por acá, ¿verdad? La encontramos en la arena y la dejamos allí mismo cuando nos fuimos a pescar. Seguro sigue por aquí cerca.

SHIMA: O... tal vez decidió regresar sola, o conocer el otro lado de la isla..., sí, del otro lado el Sol se pone muy... soleado. Hay que buscarla por allá. Vamos, vamos (*los va guiando, los empuja para alejarlos de allí*).

TAO LONG: De acuerdo, muchas gracias por su ayuda. Cuando la encuentre, haré llover una lluvia fina sobre su campo para que florezca hermoso y sano.

SHIMA: Sí, sí, muchas gracias. Adelántense, en un momento los alcanzo, voy a dejar un recado acá por si su hija regresa.

SHARO: Está bien, Shima, no te tardes.

Salen Sharo y Tao Long. Cuando Shima se encuentra sola saca el jarrón y la tortuga.

SHIMA: Así que esta piedra tan rara en realidad es la hija de un rey... aunque no parece nada una princesa..., pero si la dejo de nuevo aquí, Sharo se va a dar cuenta de que yo la tenía guardada y se va a poner furioso porque no le hice caso. Mejor, cuando la dejen de buscar, la pongo de nuevo en la arena y nadie se dará cuenta de que yo la tenía. Es perfecto. ¿Qué podría salir mal?

Shima esconde de nuevo la tortuga y sale. En la pantalla vemos una animación del tiempo que pasa: los tres buscando en la arena sin encontrar a Lu. Regresa Shima a escena, preocupada.

SHIMA: Ay, no se cansan de buscar; creí que se distraerían y yo podría soltar a la princesa tortuga, pero no. Tao Long está cada vez más triste, no puede iniciar la temporada de lluvias y todo se seca... Al principio parecía una travesura simple, pero cada vez se vuelve peor y no sé qué hacer. Yo no quería que Sharo se enojara conmigo... y ahora tampoco quiero enojar a Tao Long porque, aunque se ve muy raro, en realidad ha sido muy amable... y yo en cambio... Ay, ni lágrimas tengo de tanta sed.

Entran Tao Long y Sharo.

SHARO: Ya recorrimos la playa del lado de los cangrejos gigantes, pero no encontramos nada. ¿Cómo va la búsqueda de este lado?

SHIMA: Sharo, Tao Long..., no puedo más. Tengo que contarles algo, pero quiero que sepan que estoy muy avergonzada y que haré lo que haga falta para que me disculpen.

SHARO: ¿Qué pasa, Shima? Suena muy grave lo que dices.

SHIMA: Sí. Lo es. (*Saca a la tortuga Lu del jarrón.*) Yo sabía dónde estaba, pero no dije nada porque no quería enojarlos. La guardé porque me dio curiosidad, y luego ya no la pude soltar. No quería lastimar a nadie. Lo lamento mucho, Tao Long. ¿Hay algo que pueda hacer para corregir mi error?

TAO LONG: (*Abrazando a la tortuga.*) Hija mía, por fin te tengo de nuevo. Soy muy feliz de que estés bien y de que podamos volver juntos al fondo del mar. (*A Shima.*) Lo que hiciste fue egoísta y desconsiderado, pero agradezco que finalmente hayas dicho la verdad. La temporada de lluvias se ha retrasado demasiado, así que ahora tú debes ayudarme a regar los campos. De ahora en adelante serás el viento que prepara la tierra para que pueda recibir mi agua. Vivirás a mi lado y soplarás para hacer llegar las nubes; las llevarás de un lado a otro por el cielo y en los días tranquilos estarás bajo el mar con nosotros. Ése será tu encargo desde hoy y para siempre.

Cambia de nuevo la atmósfera, regresamos con Waldeberg y Danú.

WALDEBER: Y por eso siempre hay viento antes de que empiece a llover.

DANÚ: Pero, a ver, ¿entonces el dragón de la lluvia castigó a Shima para toda la eternidad?

WALDEBER: Nooo, creo que no. Es decir, la volvió su ayudante para cada temporal, pero vivían en un palacio bajo el mar, y ella y la princesa tortuga se volvieron buenas amigas y jugaban todo el día, o sea, que al final no estuvo nada mal.



Una nueva... ¿jamiga!?

De pronto aparece Ana, quien debe dar la sensación de ser diminuta y muy segura de sí misma. Los niños están muy desconcertados. Miran al público y entre ellos sin atinar a hacer nada. Silencio incómodo.

ANA: Hola.

Silencio.

WALDEBER Y DANÚ: Hola.

ANA: Soy Ana.

DANÚ: ¿Cómo?

ANA: Ana.

WALDEBER: ¿Nada más Ana?

ANA: Sí, Ana.

Silencio.

WALDEBER: (*Con un poco de resentimiento.*) Qué fácil nombre.

ANA: ¿Tú cómo te llamas?

WALDEBER: Wal-de-ber.

ANA: No. Son muchas letras. Nada más Gual. ¿Y tú?

DANÚ: Danú.

ANA: ¿Danú? (*Lo medita un momento.*) Ése está bien. (*Mira al público.*) ¿Cómo descubrieron mi escondite?

DANÚ: ¿¡Tu escondite!? Yo descubrí esta cueva. Nadie había entrado nunca aquí.

ANA: (*Lo mira impávida.*) Yo vengo a cada rato. Ahí hay menucitas de mi sándwich.

DANÚ: (*Mira desconsolado las menucitas en el piso.*) Ah.

ANA: No importa, podemos compartir mi escondite. ¿Y ya lo encontraron?

WALDEBER: ¿El qué?

ANA: El fósil.

Los tres voltean a ver los huesos.

WALDEBER: Danú dice que puede ser un dragón muy viejo que se llamaba Froiden. La historia que yo me sé es distinta, el dragón se llamaba Tao Long, pero, pensándolo bien, no creo que sea éste porque el mío vivía abajo del mar.

ANA: (*Reflexiona ambas posibilidades.*) Eso también es bonito. Pero yo creo que es Quetzalcóatl. Porque ése sí vivía por aquí. ¿Se saben su historia? (*Ellos niegan con la cabeza.*) ¿Quieren que se las cuente? (*Ellos dudan un momento.*)

DANÚ: Permítenos un segundo. Lo vamos a discutir.

ANA: Bueno, si sí quieren, me dicen, ¿eh? Voy a estar por acá sembrando piedritas.

WALDEBER: ¿Sembrando piedritas?

ANA: Sí, si no, ¿de dónde saldrían las montañas?

Ana se aleja un poco, mientras los niños discuten en el proscenio, la parte del escenario que se encuentra más cerca del espectador.

DANÚ: ¿Qué opinas?

WALDEBER: Pues nunca me había preguntado de dónde salen las montañas, pero tiene lógica.

DANÚ: No, de eso no. ¿Dejamos que nos cuente su historia?

WALDEBER: Ah..., pues, sí. ¿Por qué no?

DANÚ: No sé, es que siento raro. Ella es muy... pequeña, y aun así encontró primero la cueva, y lo de Quetzalcóatl sí me suena haberlo oído y...

WALDEBER: Y se llama nada más Ana (*duda*).

DANÚ: ¿Entonces?

WALDEBER: Pues, a mí sí me gustaría oír otra historia.

DANÚ: Bueno, sí... (*Al público.*) ¿Cómo ven? ¿Se les antoja que nos cuente la que ella se sabe o mejor ya nos vamos? (*Tras una respuesta afirmativa.*) Sale. Ana, ya nos pusimos de acuerdo y sí queremos.

ANA: Bueno. (*Se acerca. Sin que los dos niños la oigan le dice al público.*) Qué complicados, ¿no? Si desde el principio les daban ganas de oírla, me hubieran dicho que sí y ya. Pero bueno, a veces los niños grandes se portan raro con los niños más chicos. A mí me pasa toodo el tiempo. Será porque aunque crezco me sigo viendo pequeña. A mí me gusta mi tamaño: quepo en todos lados.

DANÚ: ¿Y bien?

ANA: Bueno, les voy a contar mi historia favorita de la Hermosa Serpiente Emplumada o Quetzalcóatl. La verdad hay varias leyendas distintas, pero ésta es mi preferida.



El dragón mesoamericano, mejor conocido como Quetzalcóatl

Ana: *(Se va transformando en narradora; cambian la atmósfera y los personajes.)* Hace muchos, muchos años, cuando acababan de aparecer las primeras personas por aquí, todavía no sabían sembrar ni cultivar. Nada más comían lo que se encontraban. Si encontraban muchas cosas comían bien, si no encontraban nada se quedaban con hambre. Quetzalcóatl quería mucho a los humanos porque los había creado, así que se puso a pensar cómo hacerle para que no pasaran hambre.

Aparece Quetzalcóatl haciendo cuentas, planeando estrategias, pero nada le convence.

QUETZALCÓATL: Y si mezclamos tierrita con agua y la probamos sabe a... ¡puaj! Lodo. A lo mejor con agua de mar... No, lodo salado... No sé, ya mezclé de todo y nada funciona como alimento. Me rindo.

Mientras él habla entra a escena una pequeña hormiga roja que trae cargando un grano de maíz. Trata de cruzar el escenario esquivando a Quetzalcóatl, pero como éste no la ve le estorba con cada movimiento.

HORMIGA: Permicito.

QUETZALCÓATL: *(Sin verla.)* ¿Qué? ¿Cómo?

HORMIGA: Que si te haces a un ladito, por favor.

QUETZALCÓATL: *(La descubre.)* Ah, claro. Perdón.

HORMIGA: Adiós, grandulón.

QUETZALCÓATL: Espera, ¿qué es eso que traes cargando?

HORMIGA: Una semilla.

QUETZALCÓATL: ¿De qué?

HORMIGA: De maíz.

QUETZALCÓATL: ¿Puedo verla?

HORMIGA: Sí, pero poquito porque se gasta.

QUETZALCÓATL: Mmm, qué interesante. Es una buena textura, tiene buen tamaño, buen color. ¿Dónde la encontraste?

HORMIGA: En el corazón de la montaña.

QUETZALCÓATL: ¿Me enseñas dónde?

HORMIGA: No.

QUETZALCÓATL: ¿Por qué no?

HORMIGA: Porque la montaña está muy lejos y estoy muy cansada como para regresar hasta allá.

La montaña a la que se refiere debería ser un montículo no muy alto y estar del otro lado del escenario, de manera que para la pequeña hormiga es gigante y está muy lejos, pero para los demás no.

QUETZALCÓATL: ¿Te refieres a esa montaña?

HORMIGA: Sí, me llevó un buen rato llegar hasta allá y ya me cansé de caminar.

QUETZALCÓATL: ¿Y si yo te llevo?

HORMIGA: Eso podría funcionar.

QUETZALCÓATL: *(La carga y la deja frente a la montaña.)* Listo.

HORMIGA: Listo.

QUETZALCÓATL: Ya te traje a la montaña.

HORMIGA: Ya te enseñé la montaña.

QUETZALCÓATL: ¿Y dónde están las semillas?

HORMIGA: Adentro.

QUETZALCÓATL: ¿Y por dónde se entra?

HORMIGA: Por este hoyito.

QUETZALCÓATL: ¡Pero si es diminuto! Nadie cabe por allí.

HORMIGA: Yo sí.

QUETZALCÓATL: ... Tienes razón. Ésa es la respuesta. Me tengo que transformar (*recita un conjuro mágico*).

Profundidad del océano,
un breve grano de arena,
enorme amplitud del cielo,
sólo una gota del lago.
Para lograr algo grande,
para transformar el mundo,
debo variar mi tamaño
y ser un gran diminuto.

(*Se transforma en una pequeña hormiga negra.*) Ahora sí, te sigo.

Se ve en la pantalla una proyección de las dos hormigas haciendo un recorrido por dentro de los túneles de la montaña; en medio del recorrido se encuentran con el guardián del Inframundo: Mictlantecuhtli. Vemos en escena su encuentro.

MICTLANTECUHTLI: ¿Quién quiere cruzar los umbrales prohibidos del Mictlán?

QUETZALCÓATL: Soy yo, el gran Señor Serpiente Emplumada... nomás que vengo en versión hormiga.

MICTLANTECUHTLI: ¡Ah!, Ce Aca Topitzin... he oído hablar de ti, dicen que tienes hermosos colores. Transfórmate ante mí, quiero conocerte en tu forma original. (*Quetzalcóatl deja de verse como hormiga.*) Tenían razón de tu belleza. (*A la hormiga.*) ¿Y tú?

HORMIGA: Soy una hormiga. Soy roja. Pellizco muy fuerte si alguien me molesta. Y vengo en la mejor versión de mí misma.

MICTLANTECUHTLI: Eso veo. Díganme, ¿para qué han llegado hasta acá abajo?

QUETZALCÓATL: Yo vengo en busca del tesoro de la montaña, para compartírselo a la gente y que no siga pasando hambre.

MICTLANTECUHTLI: Muy bien, suena muy bien. Pero hay una regla: quien quiera usar mis caminos debe pasar una sencilla prueba.

QUETZALCÓATL: De acuerdo. ¿Cuál es?

MICTLANTECUHTLI: Dentro de las montañas no corre naturalmente el aire, así que existe este caracol mágico para hacer soplar el viento. Nadie lo ha podido hacer sonar. Si ustedes lo logran los dejaré pasar. De lo contrario, se tendrán que quedar conmigo un tiempo... digamos... eterno.

QUETZALCÓATL: ¿Para siempre aquí abajo?

MICTLANTECUHTLI: Sí, pero sólo es una formalidad, para darle más emoción al asunto, porque en realidad la prueba es muy sencilla. Soplarle a un caracol para que suene no tiene nada de ciencia, ¿no creen? (*Quetzalcóatl y la hormiga se miran y aceptan.*)

QUETZALCÓATL: De acuerdo. Venga ese caracol.

Mictlantecuhtli les da el caracol. Ellos lo toman muy seguros y se alejan un poco para inspeccionarlo y probarlo. No logran sacarle ningún sonido. Hablan entre ellos sin que Mictlantecuhtli los escuche.

QUETZALCÓATL: Bien, ¿cómo es esto?

HORMIGA: Le soplas, ¿no?

QUETZALCÓATL: Claro... adelante, hazlo sonar.

HORMIGA: ¿¿¿Yo???

QUETZALCÓATL: Pues sí, tú ya conoces las costumbres de por aquí, ¿no? Has venido muchas veces.

HORMIGA: Sí, conozco muy bien el camino, pero nunca me había topado con este sujeto, y menos me había tocado andar haciendo méritos para poder pasar.

QUETZALCÓATL: ¿Cómo? ¿Y cómo le hacías?

HORMIGA: Pues, supongo que no llamo tanto la atención como tú, así que siempre había pasado tranquilamente. Hasta hoy.

QUETZALCÓATL: Bueno, pues entonces hay que resolverlo de alguna manera. A ver, ¿por dónde se le soplará? (*Lo inspeccionan ambos.*)

HORMIGA: Pues ésta no es precisamente mi especialidad, pero creo que este caracol está cerrado.

QUETZALCÓATL: Oh, oh... creo que nos tendieron una trampa.

MICTLANTECUHTLI: (*Desde lejos, obsequioso.*) ¿Todo bien, queridos? ¿Hay algún problema?

HORMIGA Y QUETZALCÓATL: (*Al mismo tiempo, interrumpiéndose.*) No, nada, nada, todo bien, perfectamente.

Otra vez entre ellos.

QUETZALCÓATL: ¿Alguna idea?

HORMIGA: ¿Por qué no te inventas otra palabrería bonita, como la de hace rato y haces que se abra el caracol?

QUETZALCÓATL: Para tu información no era palabrería. Era un conjuro a las fuerzas energéticas de la Tierra, y no todo se puede arreglar así.

HORMIGA: ... No puedes, ¿verdad?

QUETZALCÓATL: ... No...

HORMIGA: Bueno, yo lo resuelvo.

QUETZALCÓATL: ¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

HORMIGA: Las hormigas somos expertas constructoras de túneles y pasadizos. Con un poco de ingenio tal vez pueda abrir el caracol para que suene. (*Lo destapa.*) Lista mi parte, te toca lo tuyo. ¡A soplar!

Quetzalcóatl hace sonar fuertemente el caracol. Mictlantecuhtli se sobresalta y trata de disimular su desilusión.

MICTLANTECUHTLI: ¡Ah, qué sorpresa! Lo lograron. Es... espléndido. Supongo que no querrán quedarse un poco más de

visita aquí conmigo ... ¿o sí? Podrían ser tan sólo dos o tres siglos... lo que ustedes quieran.

HORMIGA: Mire, don Señor de las Profundidades, lamento mucho que se sienta tan solito aquí abajo, pero eso de estar engañando paseantes para obligarlos a hacerle compañía eterna resulta muy descortés. Si tengo tiempo y estoy de humor un día de éstos lo vengo a visitar, pero nada de andar timando a la gente. Se lo encargo mucho, por favorcito.

MICTLANTECUHTLI: Perdón.

HORMIGA: Bueno, pues, a lo que venimos. (*A Quetzalcóatl.*) Hormiguízate de nuevo y vamos de una vez por todas al corazón de la montaña.

QUETZALCÓATL: ... Tienes razón. Ésa es la respuesta. Me tengo que transformar (*recita el conjuro mágico*).

Profundidad del océano,
un breve grano de arena,
enorme amplitud del cielo,
sólo una gota del lago.
Para lograr algo grande,
para transformar el mundo,
debo variar mi tamaño
y ser un gran diminuto.

(Se transforma en una pequeña hormiga negra.)

HORMIGA: Hasta luego, Mictlantecuhtli, nos vemos a la vuelta.

MICTLANTECUHTLI: Sí, claro, ya saben: aquí tienen su casa.

Volvemos a ver el recorrido de ambas hormigas hasta que llegan al centro. Las dos aparecen en escena dentro del corazón de la montaña.

HORMIGA: He aquí, por fin, el tesoro del sabor. (*Hay un montículo muy brillante al que se van acercando.*)

QUETZALCÓATL: ¿Del saber?

HORMIGA: No. Del sabor.

QUETZALCÓATL : ¡Cómo brilla! ¿Qué es? ¿Oro?

HORMIGA: Mejor: maíz.

QUETZALCÓATL: Pero no puedo cargarlo todo, es demasiado y no va a caber por la salida.

HORMIGA: No hace falta. Sólo necesitas un grano de maíz, paciencia, agua y tierra. De ése saldrá una planta que tendrá varios elotes llenos cada uno de granitos que puedes volver a sembrar, o hacerlos tortillas, o nomás ponerles limón y sal y agarrarlos a mordidas. Éste es el secreto de la montaña. Hay que saberlo cuidar para no pasar hambre nunca más.

QUETZALCÓATL: Gracias, hormiga. Tú sí que eres una gran diminuta.

ANA: *(Mientras habla vemos en la proyección el camino de regreso de las dos hormigas junto con el grano de maíz.)*

Y, entonces, Quetzalcóatl volvió de la montaña y les enseñó a las personas a sembrar y cultivar, primero el maíz y luego el resto de los alimentos que ahora nos comemos.

WALDEBER: De tanto hablar de tortillas y elotitos se me hizo agua la boca.

ANA: Yo traigo el lunch perfecto. *(Saca de su mochila un elote hervido.)* ¿Quieren?

DANÚ: ¡Sí! *(Le da unas grandes mordidas y habla con la boca llena.)* En eso sí tenía razón la hormiga: no hay manera de que un cacho de oro sepa tan bueno como esta mordida de elote.



Los ancestros más ancestrales

Comienzan a moverse los huesos que están en el piso, como si se estuviera despertando la criatura. Bosteza. Esto puede suceder en sombras, como proyección en la pantalla o con una gran marioneta de los huesos. Los niños se sobresaltan, se esconden uno detrás de otro repetitivamente, se quedan pasmados.

MICA: ¿Hola? ¿Hay alguien aquí? Acérquense, no puedo ver muy bien.

WALDEBER: *(Susurrando entre ellos.)* ¿Qué hacemos? ¿Nos salimos despacito?

DANÚ: Sí, a la de tres. Una... dos...

Ana se adelanta hacia Mica, resuelta y sin precaución.

ANA: Hola. Soy Ana. *(Danú y Waldeberg se hacen señas de silencio, de preocupación y deciden tratar de salir en silencio, muy discretos.)* Y esos dos de allá que caminan raro son Danú y Gual. Y estos otros no me dijeron su nombre *(refiriéndose al público)*, pero se ven divertidos también.

Waldeber y Danú, resignados y cautelosos, regresan.

MICA: Oh, qué pequeñitos todos, como libélulas. ¿Son libélulas?

ANA: No, somos niños. Y niñas.

MICA: Niños y niñas... eso es nuevo. Acérquense ustedes dos, no puedo alcanzar a verlos bien.

WALDEBER: No hace falta, no somos muy llamativos, somos más bien sin chiste, no hay mucho que vernos, mejor nos quedamos de este lado.

MICA: Ah, libélulas miedosas. ¿De qué tienen miedo?

DANÚ: De... que... nos comas como los dragones malos de los cuentos.

MICA: ¿Comérmelos? ¡Puaj, qué disparate! Yo no como bichos, soy herbívora.

WALDEBER: ¿Víbora?

ANA Y DANÚ: Her-bí-vo-ra.

DANÚ: Como mi mamá, quien es vegetariana.

WALDEBER: ¿No era vegana?

DANÚ: No, ése es mi papá. Mi mamá sí come queso y a la sopa le pone cachitos de...

ANA: Oigan (*reprendiendo a los dos niños*). Huesos que hablan, ¿se acuerdan?, ¿se pueden concentrar?

DANÚ: Ah, sí, perdón. (*A Mica.*) ¿Segura segura que eres herbívora? Si nos acercamos, ¿no te van a dar ganas de probarnos un poquito?

MICA: Les prometo que no. Aunque quisiera, lo más que podría hacerles es chuparlos, pero me imagino que están todos llenos de tierra, así que no se me antoja nadita.

DANÚ: Bueno. (*Se acercan. Mica los inspecciona.*)

MICA: Qué raros bichos son ustedes. He visto a lo largo de los años muchos animales distintos, pero ustedes son muy nuevos. ¿Qué hicieron con su pelaje o sus escamas?

DANÚ: No tenemos pelaje, nada más pelo en la cabeza. Y así es nuestra piel.

MICA: Se ven delicados. ¿Son delicados?

WALDEBER: Poquito.

ANA: Nos preguntábamos qué clase de dragón eres tú.

MICA: ¿Dragón? No, yo soy una *Huayangosaurus* cretácica, pero éste es un nombre muy largo, así que pueden llamarme nada más Mica.

ANA, WALDEBER Y DANÚ: Una dinosauria.

DANÚ: ¿Cuántos años tienes, Mica?

MICA: ¿Aquí abajo?

WALDEBER: No, cuando vivías en el mundo, con piel y todo, ¿cuántos años tenías?

MICA: Cuarenta.

ANA: Uy, muchísimos.

WALDEBER: No son tantos tantos. Es como mi papá. Mira (*al público*), ¿quién tiene como cuarenta? (*Busca y espera respuesta de algún padre.*) ¿Ves? No es tan grave, podría ser peor.

ANA: (*Examinando al que respondió.*) Bueno, sí, no es para tanto.

DANÚ: ¿Y aquí abajo cuánto llevas?

MICA: A ver, déjame pensar. Primero fue lo de las grandes nubes, luego el frío; después, se secó el agua; creo que ahí fue cuando apareció esta cueva... o sea que de eso ha de tener más o menos... ciento cuarenta y cinco millones de años.

ANA, WALDEBER Y DANÚ: ¿Quééééé?

ANA: ¿Cómo? El abuelo de mi mamá cumplió cien años y le hicieron una fiestotota. ¿Cómo puede haber algo que tenga más de cien años?

MICA: El mundo es un lugar muy viejo, y las plantas y los animales existen desde hace muchísimo tiempo.

WALDEBER: A ver. Estamos en el año 2023. Si nadie se acuerda bien bien de hace dos mil o tres mil años, ¿cómo pudo haber algo hace un millón o cien millones de años?

MICA: ¿A veces por las noches ves las estrellas?

WALDEBER: Sí.

MICA: ¿Cuánto tiempo tienen las estrellas ahí?

WALDEBER: No sé. Desde siempre.

MICA: Las estrellas se crearon hace millones de años. Si escoges mirar una estrella esta noche, puede ser que haya nacido el mismo día que yo. Cuando ves las estrellas y cuando ves la Tierra estás mirando el pasado de hace muchísimo tiempo.

DANÚ: Entonces, ¿cuántos años tiene el mundo? ¿Como cualquier estrella?

MICA: Hay estrellas más viejas que el mundo, pero mira, vamos a imaginarlo así. Trae una de esas cuerdas y extiéndela. *(Toman una de las cuerdas que al inicio se usaron para cubrir los huesos; se le pide a alguien del público que tome uno de los extremos y ellos tensan el otro. La cuerda debe estar pintada de diferentes colores con la siguiente proporción.)*



¿Ven la primera franja? Vamos a decir que es allí en donde empieza la vida en el mundo; al principio eran sólo bacterias y organismos muy sencillitos, sin ojos ni manos ni nada de eso. Durante toda esa franja nada más había bacterias, que con el paso del tiempo se fueron transformando, hasta que en la segunda franja por fin las bacterias se habían convertido en... *(se señala a sí misma).*

ANA, WALDEBER Y DANÚ: ¡Dinosaurios!

MICA: ¡Exacto! Y nosotros vivimos en la Tierra durante bastante tiempo. Miren el tamaño de nuestra franja. Luego, de golpe, desaparecimos casi todos.

WALDEBER: ¿Qué los golpeó?

MICA: Un meteorito, pero eso es historia para otro día.

ANA: ¿Y la siguiente rayita? ¿Somos nosotros?

MICA: No, la siguiente rayita son todos los animales que sobrevivieron y siguieron cambiando a lo largo de los años. Algunas lagartijas se volvieron pájaros, algunos ratones se volvieron musarañas y algunas musarañas

se volvieron changos. Todo esto se llevó su tiempo. A la naturaleza le lleva muchos años desarrollar una nueva especie.

DANÚ: ¿Y qué pasa con las especies viejas?

MICA: Algunas se adaptan y otras se extinguen; antes se llevaban varios siglos para que una especie se extinguiera.

ANA: ¿Y nosotros? ¿Dónde estamos?

MICA: Los primeros de ustedes que vi aparecieron hace muy poco, dos millones y medio de años. Pero se veían diferentes: tenían más pelo, la nariz era más chata y no usaban colores tan raros como éstos *(se refiere a su ropa)*. Su tiempo en el planeta ocupa la puntita de la cuerda, ¿ven? Esta rayita al final.

WALDEBER: ¿Nada más este cachitito? Ciudades y edificios, y pirámides y todo lo que hemos inventado y construido, ¿cabe en este cachitito?

DANÚ: Sí que es un planeta viejo.

ANA: Y sí que somos muy nuevos en él.

MICA: Pues sí, han pasado muchas cosas antes de ustedes y seguro seguirán pasando muchas más con ustedes aquí. Espero que sea divertido de ver. ¿Son divertidos los niños y las niñas?

WALDEBER: Sí, casi siempre. ¿Quieres venir con nosotros a ver cómo son las cosas ahora?

MICA: No, me basta con haberlos conocido hoy. A mi edad no es fácil salir de excursión. Preferiría ahora tomar una siesta. Creo que en otros dos millones de años estará bien volverme a despertar.

DANÚ: De acuerdo, Mica. Me dio mucho gusto platicar contigo.

WALDEBER: Y a mí.

ANA: Y a mí.

MICA: *(Bostezando.)* A mí también, libelulitas. No se olviden de mirar su mundo, porque cambia todo el tiempo. *(Se queda dormida y quieta. Los niños se quedan en silencio un momento, mirando la cuerda y pensando.)*



Tener ganas de salir al mundo

DANÚ: Dragones y dinosaurios.

WALDEBER: Qué de cosas han cabido en este mundo.

ANA: Sí... ya se me antojó verlo todo.

WALDEBER: ¿Todo qué?

ANA: Todo todo. El desierto, por ejemplo. ¿Ustedes conocen el desierto?

WALDEBER: Pues sí, yo he visto fotos y videos.

ANA: No, pero de a de veras. Estar allí y sentirse como un granito de arena.

DANÚ: O una bola de nieve... a mí me gustaría conocer la nieve.

ANA: ¿Y a ti, Gual?

WALDEBER: A mí me gusta trepar árboles. Me gustaría jugar en un lugar en el que pudiera ir como chango de rama en rama.

DANÚ: ¿Creen que nos dé tiempo de conocerlo todo?

ANA: Sí, nomás hay que salir a buscarlo.

WALDEBER: Además, en todos lados hay un cachito de mundo, ¿no? Es decir, me encantaría ir a la selva y andar entre las plantas y los bichos, pero mientras con venzo a mi mamá de que ésas serían unas buenas vacaciones puedo buscarme unos árboles en el parque y volverlos mi propia jungla.

ANA: Sí, es cierto: en todos lados hay un cachito de mundo para conocer de a de veras.

Los siguientes parlamentos van creciendo en intensidad hasta que Ana no puede más y los interrumpe.

DANÚ: Las piedras, las flores...

WALDEBER: Los animales, los perros, los peces...

DANÚ: Los cocodrilos, las tortugas, los pericos...

WALDEBER: Los ríos, el campo, los grillos...

DANÚ: Las ostras, el pasto, las ramas....

ANA: Ya no me aguantó: quiero ver el mundo entero con todas las creaciones de la naturaleza.

DANÚ: ¿Ahorita?

ANA: Pues claro. Si la aventura es ahorita. Si no, ¿cuándo?

WALDEBER: Oigan, pues acá cerca hay un parque. ¿Vamos?

DANÚ Y ANA: ¡Vamos!

WALDEBER: ¡A tomar el mundo!

ANA: ¡A jugarlo todo!

DANÚ: *(Al público.)* ¿Y ustedes? ¿Quieren ver el mundo entero? Empiecen de una vez, y abran bien grandes los ojos, para que les quepa todo.

FIN

Índice

Presentación	9
El dragón nórdico	12
El dragón oriental	18
Una nueva... ¿jamiga!?	25
El dragón mesoamericano, mejor conocido como Quetzalcóatl	28
Los ancestros más ancestrales	35
Tener ganas de salir al mundo	40

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernal
SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Guillermina Pérez Suárez
COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Diciembre 2023

